

Ruperto al rescate

Roy Berocay

loqueleg

Hacía tanto pero tanto calor que los cangrejos se escondían bajo las piedras a orillas del arroyo Solís Chico y se abanicaban usando hojas de eucalipto. El sol era una pelota amarilla incendiada en el cielo del mediodía.

—¡Qué calor! —decía un cangrejo que sudaba a chorros.

—Sí, ¡qué calor! —le contestaba otro cangrejo.

—Esto no puede durar mucho —sostuvo entonces el primero.

—Ah, no, para mí que no dura, no, señor —agregó el otro.

Asomándose desde sus escondites, los dos cangrejos observaban el cielo y veían con preocupación que más allá, del lado del mar, se acercaban unas nubes gordas y muy oscuras.

No muy lejos de ahí, que es lo mismo que decir cerca de ahí, un famosísimo sapo detective estaba echado dentro de su cueva tratando de dormir una siesta de verano.

10 El sapo Ruperto, el detective más famoso del arroyo, el mega-crack de los batracios, el capo, el malla-oro de los bichos verdes, estaba acostado sobre una cama hecha con gomas de borrar. Pero no había caso. Por más que cerrara los ojos, no lograba dormir. Se daba vuelta para acá, se daba vuelta para allá, se caía de trompa contra el suelo porque la cama era medio angosta, y nada: no podía cerrar los ojos. Bueno, cerrarlos podía, pero sudaba tanto que cada vez que quería moverse tenía que hacer mucha fuerza para despegarse del colchón.

—Es inútil —se dijo—. No voy a poder dormir.

Entonces se levantó, se puso unas bermudas anaranjadas que tenían unos hermosos dibujos de cucarachas, una de sus comidas favoritas, y salió muy lentamente pensando en darse una buena zambullida en el arroyo.

Apenas salió de la cueva pisó la arena, una arena que hacía horas que estaba bajo los rayos del sol.

—¡A la pipeta! —se quejó al quemarse una pata y retrocedió un poco. No sabía qué hacer, la orilla estaba ahí cerquita, pero para llegar tenía que cruzar por la arena hirviente.

—Me voy a quemar hasta el...

11

Ruperto se detuvo, sabía que por ninguna razón debía usar esa palabra en un cuento para niños. Sería medio de mala educación.

—Me voy a quemar hasta el amanecer —se dijo.

Miró el cielo, sintió el calor, miró la orilla, llena de agua fresca, entonces tomó impulso y empezó a saltar hacia el arroyo.

—¡Ay, ay, ay, ay!

Cada vez que sus patas se posaban sobre la arena, Ruperto se quejaba y pensaba en muchas otras palabras que nunca podría decir en voz alta.

Finalmente llegó a la orilla y se tiró de cabeza al agua.

¡Ah! ¡Ahora sí! La frescura del agua lo

envolvió como en un abrazo. Estaba tan contento que se puso a nadar a toda velocidad. Cuando había nadado unos cuantos metros, vio que debajo del agua pasaba un montón de peces. Ellos nadaban arroyo arriba.

12 —¡Hola, peces! —saludó Ruperto muy contento—. ¿Dónde van con tanto apuro?

Un pez pequeño y plateado, igual que todos los demás, se asomó a la superficie.

—Ah, hola Ruperto. ¿Qué calor, no?

—Más bien qué calor sí —contestó el sapo—. ¿Para dónde van tan apurados?

—Nos vamos arroyo arriba, lejos del mar y la desembocadura —le dijo el pez—. Vamos a ponernos a resguardo porque se viene.

—¿Quién se viene?

El pez levantó una aleta y señaló el horizonte. Ruperto nadó un poco y observó aquellas nubes oscuras y amenazantes.

—Pero si están recontra lejos —dijo el sapo.

—Como sea —contestó el pez—, pero no nos vamos a quedar a esperar a que se venga.

El pez se despidió, se hundió y se alejó nadando a toda velocidad hasta alcanzar a sus amigos.

Ruperto se quedó allí en el agua, flotando panza arriba, haciendo la plancha, hasta que se aburrió y se volvió a la orilla. Allí vio a los dos cangrejos que seguían abanicándose a la sombra de las rocas.

—¡Qué hacés Ruperto! —le gritó uno de los cangrejos a modo de saludo.

—Sí, ¿qué onda contigo? —le dijo el otro cangrejo.

—Y... acá estamos, refrescándonos. ¿No nadan?

—No nadamos nada —dijo el primer cangrejo.

—Nada de nadar —sostuvo el segundo—. ¿No ves que se viene?

Ruperto volvió a mirar hacia el horizonte. Estiró una pata hacia las nubes y cerró un ojo como si estuviera calculando algo.

—Tranquilos, cangres, esas nubes están como a setecientos cuarenta y cuatro mil doscientos veinticinco kilómetros de distancia.

Los cangrejos se miraron asombrados. Es que verdaderamente Ruperto era un capo para calcular distancias. Por algo era el héroe de todos los bichos.

Claro que los cangrejos se impresionaban más porque ellos solo sabían contar hasta cuatro.

14 Momentos más tarde, después que Ruperto, ay, ay, ay, pegara saltos para volver a su cueva y volviera a quemarse hasta el apellido de su abuela, sucedió algo.

Allí, esperándolo junto a la puerta de su cueva-oficina había varios bichos, un cascarudo gordo y negro llamado Toto, una hormiga colorada, una blanca y otra progresista. Y todos los bichos estaban muy alborotados.

—¡Al fin llegaste, Ruperto! —le dijo Toto y las hormigas asintieron.

—Es lo que tengo —contestó el sapo—. Cuando llego, llego.

—Es que pasó algo, algo muy importante —explicó Toto—. Y no sabíamos a quién recurrir.

Las hormigas volvieron a mover sus cabezas

en señal de aprobación.

—Se trata de un niño —siguió explicando Toto—. Un niño perdido.

Ruperto se rascó la cabeza y dudó. Todo el mundo sabía que los niños son seres muy listos. ¿Cómo se iba a perder uno?

—¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro! —respondió Toto ofendido—. ¿Te creés que voy a venir hasta acá con este calor si no estuviera seguro? ¿Me ves cara de gil o qué?

15

Toto era muy conocido en el arroyo porque era un cascarudo cascarrabias, de esos que se calientan por cualquier cosa.

—Bueno, bueno, Toto, tranquilo el pollo —lo frenó Ruperto, quien estaba empezando a sentir hambre y a recordar que un asadito de cascarudo le podría venir muy bien.

—¿Y cómo es este asunto del niño perdido; lo encontraste vos?

—No, las hormigas.

Las hormigas sonrieron y se sintieron muy importantes. Después de todo, no era común que unas hormigas encontraran a un niño perdido.

—¿Y dónde está el niño? ¿Por qué no se va con sus padres? ¿Dónde estabas vos el martes a las tres y media de la tarde? —Ruperto sabía que tenía que hacer muchas preguntas, como hacen siempre los detectives.

—El niño está para allá —señaló Toto—. El martes a las tres y media yo estaba en lo de mi novia y el niño no se va con sus padres porque no sabe caminar.

¡Un niño que no sabe caminar! Eso sí que era extraño. Ruperto siempre observaba a los niños pasar caminando, corriendo o andando en bicicleta por la callecita de tosca. Nunca había visto a ninguno que no supiera caminar.

—¿Y qué le pasa, se le rompieron las patas acaso?

—Ya lo vas a ver —contestó Toto.

Ruperto les pidió que esperaran unos segundos, entró en su cueva-oficina y aunque hacía calor, se puso la gabardina y el sombrero. Si tenía un nuevo caso que resolver, no tenía más remedio que usar su ropa de héroe. Al Hombre Araña no se le ocurriría andar por ahí resolviendo casos en calzoncillos. ¿No?

Ruperto salió, se acomodó el sombrero y emprendió la marcha sobre la arena caliente. Pero esta vez ni se quejó por quemarse las patas: un verdadero héroe se las tiene que aguantar sin decir ni *mu*.

Allá en el horizonte las nubes negras avanzaron un poco más.